

ÁGREDA Y VARGAS, DIEGO DE (1591-1639)

*EDUARDO, REY DE INGLATERRA*

Eduardo, rey de Inglaterra, tan cruel enemigo de la coronado Francia, como las crónicas publican, tuvo reñida guerra con los escoceses, retirándolos y restringiéndoles en lo mas intimo de su reino; esta tuvo fin, como otras suelen, con el casamiento del Rey con la hija del de Escocia, de quien tuvo algunos hijos, y entre ellos el primogénito, que del nombre del padre se llamó Eduardo, segundo príncipe de Gales, que reinó después de sus días, tan belicoso, que no cedió en las armas a ninguno de su tiempo, y aventajó a muchos de los mas famosos capitanes del pasado.

Tuvo este un vasallo, cuyo nombre era Guillermo de la Roca, tan valeroso y práctico capitán, que por su consejo, como por su valor, llegó al deseado fin las más dificultosas empresas, que le dieron honroso lugar en el inmortal templo de la fama. A este, después que el valeroso Príncipe, por la muerte de su padre, heredó el reino, en pago de sus servicios le dio el condado de Salven, en el confín de Escocia, y casóle con una nobilísima dama, hija del marqués de Belflor, cuya belleza entre las de aquel reino era juzgada por mas que humana, y a pocos días pasados de los alegres desposorios, como hombres necesarios para negocios importantes del servicio de su rey, fue forzoso que el Marqués y Conde hiciesen ausencia tan sentida en él alma de sus esposas, cuanto disimuladas de las muestras exteriores; despidiéronse, no dando aun en el último trance muestra de que se les pudiese conocer menos que un ánimo varonil.

El Conde, que sumamente amaba su nuevo empleo, tanto por su hermosura como por sus merecimientos, partió atravesada el alma, anteponiendo, como los nobles deben, el servicio de su rey a sus mayores comodidades. No hubieron pasado veinte días de su ausencia, cuando vino nueva que el rey de Francia, émulo antiguo de la corona de Inglaterra, por trato que tuvo, como a hombres tan importantes, porque no le fuesen de impedimento a sus designios, los puso en una cuidadosa prisión, cosa que igualmente fue de la madre) hija sentida, y también del Rey, a quien hacían notable falta; y así como se publicó, los escoceses con furioso ímpetu asaltar el castillo de Salveri, donde la Condesa vivía, por ser fuerza muy importante de sus confines y parecería que estaba falta de defensa. Ella, olvidando la femenil flaqueza, se mostró en su defensa una valerosa Camila, una valiente Pantasilen, capitaneando con mucho valor y gobierno sus soldados, proveyendo lo que juzgaba mas forzoso, y avisando al Rey del peligro en que se hallaba, que como agradecido, viendo el gran riesgo que corría por la falta de los que por venir a servirle estaban en prisión, acudió a socorrer ocasión tan forzosa como lo deben hacer los buenos reyes, repartiendo sus favores y mercedes con los que los sirven apartados de su presencia, mas beneméritos que los que inútilmente en sus cortes los lisonjean. Los escoceses, conociéndola infructuosa batería por el visible daño, junto con estar avisados de sus espías de la venida del Rey, como del intento que traía de hacer jornada, con poca

ganancia y menos reputación se retiraron, de que avisado el Rey, y asimismo de la batería que el enemigo había hecho, prueba de la obstinada determinación de su voluntad, como de la defensa que se le opuso, admirado del valor de una mujer, quiso ver por sus ojos lo que a sus oídos parecía increíble; y hallándose cerca, prosiguió su camino, de que avisada la Condesa en el pequeño espacio que la breve dilación concedía, hizo la prevención posible, porque la Marquesa se había retirado, por hallarse indispuesta, a otro lugar suyo a gozar de más saludables aires; y teniendo aviso de que ya llegaba, le salió a recibir, haciendo abrir todas las puertas de la ciudad y castillo, dejando prevenido para su entrada que a un tiempo se hiciese una salva real, para que el violentado plomo, impelido del fuego por el instrumento del temeroso metal, avisase de la venida de su dueño.

Era la Condesa la más hermosa y gentil dama de toda la isla, y tanto, que a todas las señoras de ella excedía en hermosura, honestidad, recato y gentileza. Como el Rey la vio tan ricamente aderezada, dando luz, ser y maravilla a su natural compostura, y la belleza incomparable de que estaba dotada, hicieron en él suspensión sus sentidos, y admirando tanta gentileza, quedó tan enamorado, que inclinándose ella para besarle la mano con la debida reverencia, él con mucha humanidad y con sobrado amor la recogió en los brazos, y levantándola del suelo, valiéndose de la usanza de la tierra, la besó en el rostro. Los caballeros que le acompañaban, admirados y suspensos, no apartaban de ella la vista, y el Rey, fijos en ella los ojos sin desviarlos un punto, con evidentes muestras las daba de su ánimo apasionado; y ella, que gozaba de igual discreción que de donaire, con discretas palabras y conocidas lisonjas dio gracias al Rey del socorro, diciendo que los escoceses con sola la certidumbre de su venida, sin osar esperarle, no solo habían dejado el cerco, mas desampararon los últimos términos de la tierra, amedrentados de solo el glorioso nombre de su valor; y prosiguiendo para entremeterle en la plática de lo sucedido en el cerco, entraron en el castillo como triunfantes, donde el Rey se hospedó, y mientras se aprestaban las mesas, el que vino a ver enemigas baterías, de los poderosos rayos de sus hermosos ojos se halló tan cautivo, que cuanto mas procuró valerse de los reparos de su autoridad y obligación, se hallaba con menos defensa, y ya en su determinada voluntad, expuesto al albedrío de tan agradable enemigo y dueño, pensando solo en el aquieto de la voluntad, arrimado el brazo a una ventana, sobre la mano reclinado el rostro, y señales ciertas de no fingida melancolía. Cuando la Condesa le vio tan triste y pensativo, llegando a él con el debido respeto e igual gracia, acompañada de un atractivo donaire, le dijo:

—Señor, en el tiempo que es razón mostraros tan alegre a vuestros vasallos, cuando, sin sacarla espada, solo con la sombra de vuestro valor se confiesan vuestros enemigos vencidos, muestra cierta de que aquí no tiene lugar la lisonja, que no es poco que por breve término huya de los palacios, cuando debieran alegrarse vuestros soldados y pueblo, que depende de vuestras acciones estarlo, ¿es cuando vos, que sois su padre y cabeza les mostráis el rostro triste?

El Rey, mas obstinado en su propósito y al encanto de las suaves palabras, pareciéndole la presente buena ocasión de descubrirle el penetrante veneno de su hermosura y las abrasadoras llamas que le atormentaban... ¡Oh portentosos efectos de aquella ciega, si poderosa deidad! Que el que preso de tu poder noche y día, con impetuoso corriente de

palabras en sus ojos y boca, se quejado su mal, determinado de pedir su justicia en el tribunal que le agravia, teme delante de la causa del modo que el discípulo de pocos años en la presencia del riguroso maestro, el que delante de los mas valientes enemigos atrevidamente sabe defender lo que le toca, teme y enmudece de una mujer; otros, así como sienten el peligroso veneno, descubriéndole previenen remedio. De este modo, como fluctuante bajel impelido de dos contrarios vientos, estaba Eduardo, que el que sin impedimento puede decir lo que siente, no es verdadero rigor el que padece, sino inflamado deseo de lo que espera... Advirtiéndole que la Condesa callando daba muestras de esperar su respuesta, los ojos hechos lenguas del alma, le dijo:

—¡Ay, hermosa Condesa, prenda inestimable del venturoso que puede alcanzar el poder de vuestros merecimientos! ¡Mísero yo, cuan apartados están mis pensamientos de aquello que vos podéis imaginar! Yo tengo en el alma un cruel enemigo que me atormenta, y no es posible apartarle de ella; nació después que llegué aquí, y no acierto a resolverme.

Callaba la Condesa viendo en el Rey semejantes rodeos de sus conocidos pensamientos, cuando él, prosiguiendo con un piadoso suspiro, la dijo:

—¿Qué decís, señora? ¿No sabréis darme algún alivio a tanta pena?

Ella, disimulando, dijo:

—Señor, mal podré dar remedio ignorando el daño —Y desviándose de quererse dar por entendida, prosiguió—: Si estáis triste porque el enemigo ha talado la tierra, el daño no es tan grande que sea capaz de tanto sentimiento como el vuestro, y a Dios gracias, que estáis en estado que con muchas ventajas podéis tomar la debida satisfacción de su atrevimiento, pues tantas veces la habéis tomado con mucho honor vuestro.

El Rey, algo más alentado, replicó:

—¡Ay, señora mil! Si es que estimo mi vida, es forzoso que os manifieste la ocasión de mi mal; supla vuestra discreción las faltas de mi atrevimiento, pues nació de la honrosa causa de vuestro respa porque me pareció conveniente que nadie, sino es vos y yo, sepa este secreto. así como llegué a vuestra casa y os vi acompañada de tal belleza, de tan prudentes y honestos modos, de tanta gracia, gentileza y valor, que como piedras preciosas engastadas en oro finísimo resplandecen en el amable engaste de vuestra hermosura, de modo me abrasaron los rayos hermosos de vuestros ojos, tiranía agradable de los mas libres pensamientos, que para disponer de mi no estoy en mi poder; todo depende del vuestro, y es de suerte, que mi vida o mi muerte está en vuestra mano; y si agradecida a mi amor, teniendo compasión de mi me recibiereis por vuestro, viviré el mas contento del mundo, y si, como lo creo de vos, ingrata a tanta afición, negareis el socorro al inmenso dolor que como cera al fuego me consume, brevemente fenecerán mis días, que del mismo modo puedo vivir sin vos que un cuerpo sin alma.

Con esto dio fin a su razonamiento, y con el temor que el reo espera la última sentencia, suspenso en las palabras del que la pronuncia, de quien depende su vida o muerte, con esta misma suspensión aguardaba el Rey la respuesta de la Condesa, que como vio que esperaba, con grave y honesto rostro, a quien los mas encendidos claveles pudieran envidiar, que su vergüenza depositó en sus hermosas mejillas, con una majestuosa y respetable severidad respondió:

—Señor; si las razones que me habéis dicho entendiera que no eran mas que por aliviaren parte los trabajos del pasado camino, como me las habéis significado, la mas cortés respuesta que pudiera dar era no responderos; mas oblígame a creer lo que digo pensar que tan católico y generoso príncipe en todas las ocasiones gustará, conforme a su grandeza, dar antes honor que quitarle, y mas cuando se os representen los muchos servicios de mi padre y esposo, hechos en tan importantes ocasiones contra el mayor de vuestros enemigos. Lo que os suplico es que quede aquí sepultado este injusto como licencioso deseo, no porque puede padecer detrimento mi reputación, que en lodo tiempo vivirá segura con los que conocieron así mis obligaciones como la puntualidad con que yo acudo a su cumplimiento, sino por el peligro que puede correr vuestra opinión en el juicio de los que no os son muy afectos, cuando se alcanzase a saber lo que me habéis significado, que no solo se usaba de sinrazón conmigo, quebrantando la ley del hospedaje, mas de ingratitud con las prendas mías, que por vuestro servicio están presos en Francia; y pues os hizo Dios tan valeroso que sabéis sojuzgar poderosos enemigos, vencid los mas importantes, que son vuestros mal regidos deseos, atendiendo solo, como es justo, a nuestro amparo y al gobierno del reino.

En esto avisaron al Rey que la comida le aguardaba; sentóse, comió poco, pensativo y melancólico, procurando con recato cuidadosamente no apartar la vista de su daño, como el enfermo que ordinariamente apetece lo que le causa la dilación de su enfermedad, y tal vez el fin miserable de su vida. Estuvo aquel día en Salverí considerando la batería, de que con los suyos habló largamente, mas por satisfacerlos que por su satisfacción; que los príncipes como son de todos mas que propios, es forzoso que a todos satisfagan, y más a la gente de la milicia, dueños de los mas poderosos imperios en ocasiones, que en esto hacen conocida ventaja a los profesores de letras, pues dan las leyes que ellos ejecutan, y para mandar y gobernar en la paz sobran hombres, mas para conquistar y defender las monarquías se hallan muy pocos, y son menester muchos.

No apartaba un punto de su consideración el Rey la respuesta de la Condesa, que cuanto mas la consideraba imposible, mas le atormentaba su resistencia. Es ordinario en los amantes alabar la honestidad y recato en las mujeres, virtud en ellas tan dignamente estimada; pero si en las que aman conocen ánimo casto, voluntad firme, dales notable disgusto, dándoles nombres de ásperas e intratables, como las querrían con los otros, mas para sí fáciles, blandas y amorosas, pareciéndoles que con ellos son crueles, soberbias e inhumanas. Tal estaba Eduardo, que viendo que su dama como incontrastable roca a las furiosas olas de sus persuasiones perseveraba firme, mostrando con sus desprecios notable valor, la culpaba junto con su fortuna. Al fin, por no dar sospechas, como por forzosos negocios que le ocurrían, remitiendo para mejor ocasión la prosecución de sus pensamientos, el día siguiente se despidió cortésmente de la Condesa, dejándola largos

recados y cumplimientos para su madre, y suplicándola que pensase con mas acuerdo su remedio. Ella le respondió con mucha gentileza, agradeciendo la recibida merced, y suplicando a Dios que le diese victoria contra sus enemigos. Fuese el Rey, y de allí a dos días vino su madre, a quien dio larga cuenta de todo el suceso, y ella como prudente, previniendo loa futuros daños, como otros por el contrario los desean, temía semejante favor.

En este tiempo el rey de Francia dio licencia deque el marqués de Belflor fuese a Londres a tratar ciertos acuerdos con el Rey, y no teniendo efecto, volviese a la prisión, de que habiendo mandado que hiciese pleito homenaje, hizo su camino, llegó a la corte de Inglaterra, y escribiendo a su mujer y hija su llegada, dándoles larga cuenta de sus trabajos y peregrinaciones, consolándolas con que presto iría en persona a darlas mas amplia relación. Fue para ellas de notable alegría la carta, pareciéndoles que se iba facilitando camino para que sus deseos con la libertad de sus dueños tuviesen buen suceso, y aunque sabían por las cartas que esta dependía de la voluntad del Rey, jamás le quisieron escribir suplicádoselo, cosa que él deseó, y no viendo el efecto, no le causó pequeño disgusto su entereza. Respondieron al Marqués, acompañando las cartas con algunos regalos mujeriles en tal ocasión, que mas es prueba de amor que remedio de necesidad da quien no la padecía. fue el Marqués muy bien recibido del Rey, dándole muy buenas esperanzas de los acuerdos que venía a tratar, en que consistía la libertad de su yerno, junto con la relación del aprieto en que se había visto aquella fuerza, la puntualidad de la socorro, como el valor de la Condesa. El le dio por tantas mercedes infinitas gracias, dando por bien empleados los trabajos que en su prisión había padecido por su servicio, y por bien remunerados con los favores en su ausencia recibidos; y pidiéndole licencia para ir i ver su casa, le pareció a Eduardo que la fortuna le favorecía y ayudaba su intento, facilitándole la vista do la que tanto amaba, y honrándole de palabras, que lo saben hacer muy ampliamente los poderosos cuando les importo, respondió así:

—Marqués, ya sabéis la mucha estimación que el Rey, mi señor y padre, que esté en el cielo, hizo de vos, y que yo que heredé sus obligaciones os tengo en la misma; la falta que me ha hecho vuestra ausencia, solo la dejo al tiempo, que con la prosperidad de mis sucesos acreditará mis palabras. Yo trato al presente en mi consejo la mas importante resolución que por ventura haya tenido, ni pienso que podrá ofrecérsele a esta corona. Esto ha de durar muchos días; y así, estoy determinado, por ser tan conforme a razón el agradecimiento, particularmente en los príncipes, que los trabajos que por mi causa ha padecido vuestra casa tengan fin con la libertad del Conde; y pues vos sois de mi consejo, y vuestra persona tan importante a la mía, como os he significado, y la causa de que hubiere desamparado vuestra casa la corte, y hallaros ausente, paréceme que vencida esta dificultad con que hayáis venido, con su venida podrían excusaros de trabajosos caminos, y a mí de la incomodidad que en una apretada ocasión podría causarme el hallarme ausente.

Fue tanto el contento que el Marqués recibió de las engañosas palabras, que con el cebo de la lisonja traían escondido el mortal anzuelo de su pretensión, que creyendo que todos aquellos favores fuesen dignos de sus méritos, porque el amor propio raras veces deja de juzgar apasionadamente; y así, le pidió licencia para ir por su casa, y él, pareciéndole que

con la comunicación sería fácil que se descubriese su engaño, con mas apretados encaramientos comenzó a poner las mismas dificultades, y el Conde agradecido envió al punto cartas con orden de que su casa se viniese luego a Londres con la mayor brevedad posible. Aunque fueron al punto obedecidas, fue con evidentes sospechas, como encarecía en ellas tanto el favor del Rey, de que semejante jornada fuese trazada por orden suya.

En este tiempo llegaron al Marqués cartas de Francia dándole cuenta cómo en breves días el conde de Salveri había pasado a mejor vida, y con ellas su testamento, en que deja heredero al Rey del condado que le había hecho merced, encargándole que por sus servicios amparase a la Condesa, queriendo obligarle por este camino para que le hiciese merced de él. Venían asimismo cartas del Rey, que conmovido a lástima del suceso, le daba por libre del pleito homenaje con que había salido de la prisión, ya tuviese o no el esperado suceso el negocio que venia a tratar, a que el Marqués respondió con el agradecimiento que debía a tan no esperada merced; y dándole cuenta de todo al Rey, que aunque fingió tristeza de semejante desgracia, sumamente alegre por parecerle que ya tenía su pretensión segura, o por lo menos en mejor estado, deseando granjear la gracia del Conde, le envió a visitar, y junto con el pésame la merced del estarlo que por el testamento le tocaba para la viuda Condesa, con largas promesas de mayores mercedes, y después fue él en persona con muchas muestras de sentimiento, vestido de luto, procurando consolarle; de que el Marques, dando las debidas gracias a tan particulares mercedes como las recibidas, se sintió tan favorecido, que templó en parle el suceso del yerno, pareciéndole tal merced pronóstico de mas grandioso empleo en su hija, que avisada una jornada de Londres del lastimoso suceso, no obstante el grande sentimiento, mostró en las públicas acciones el invencible ánimo de su corazón. Entró de noche en su casa, que era muy cerca de palacio, y avisado el Rey de un camarero suyo, con quien solo descansaba de su amorosa pena, trazó de ir a verla, que para facilitar esta visita había hecho la de su padre, y comunicándolo con él, le besó la mano, así por la pasada merced como por el presente favor, y disponiendo tas cosas de su casa, fue a acompañar al que con el color de honrarle daba ya que decir, viendo tantas mercedes donde había tan hermosa causa.

Llegó el Rey, y fue recibido de la Condesa y su madre con humildes cortesías, y después de las palabras de cumplimiento que de una parte a otra pasaron, estando algo apartado con la viuda Condesa, en sumisa voz la dijo:

—El presente suceso nos muestra que como justo parece que favorece el cielo el deseo que en vos tengo tan bien empleado; pues habiendo procurado contenerme de amaros, no porque yo lo deseo, pues fuera desear el fin de mi vida, sino por obedecer la primera cosa que quisisteis mandarme, pues tengo con vos tan poca fortuna, que en ella parece que cifrasteis toda vuestra voluntad, mas me abraso mientras más diligencias intento por serviros; y os doy mi palabra que en lo que padezco por mis pasiones, todos conocen que amo, pero todos ignoran la causa. Al punto que os veo, de nuevo os adoro y os estimo por única señora mía.

Ella respondió agradecida que hacia la debida estimación de la recibida merced como de su rey y señor, pero que entendiase que en ningún tiempo la estimaría de otra manera; que si fuera verdadero su amor, como decía, llevara solo por fin el de su honor; pero que el que en algo excediese en esto, ni podía tener buen suceso, ni en su pecho ni voluntad tendría jamás estimable correspondencia.

Despidióse muy desconsolado el Rey, haciendo las mayores diligencias que en un hombre muy enamorado y poderoso pueden imaginarse; y después que madre y hija vieron que el mal del Rey era irremediable, por no dar alguna ocasionen que el poder violentase el respeto y su determinación, procuraban con mucha instancia que el Marqués las volviese a su tierra ; y viendo que anhelante y engañado con el favor del Rey, no solo no condescendía con ellas, mas le disgustaba el oírlo, no osaban declararse; y así, tomaron por remedio el que suele ser en este caso el mas importante, que era el evitar todas las ocasiones que se le pudiesen dar al Rey de amarla excusando el salir de casa, el gozar de las ventanas y aderezarse con tan poco cuidado, que pudiese en parte disminuir su hermosura.

Todas estas cosas encendían mas el ánimo del apasionado Rey; y vióse tan apretado de la desesperación, que alentado de su poder admitió por último remedio el de la violencia; mas como el que de veras está enamorado es como el delincuente que con el más grave delito jamás desespera de su vida, antes con astucias y diligencias procura prevenir su remedio, tantas hizo el enamorado Eduardo, que aunque fueron con el mayor secreto que lo era posible, y ellas con el mismo salían muy pocas veces de su casa, tenía aviso de todas, y poniéndose dos o tres veces delante, alimentaba la vista de aquel amable cuanto deseado veneno, y con ser su hábito más conforme al de monja que de viuda, cuyo monjil negro y largas tocas, en las que se usan, cubren el día de hoy una florida primavera de colores, que generalmente disculpan todas con el humor melancólico, aunque conocidamente le sabe que nace del alegre. El Rey estaba de modo, que todas estas diligencias eran para él infructuosas, y en la verdad comúnmente lo son; porque el diamante engastado en plomo no pierde un punto los brillantes rayos de su resplandor, que antes sale más por la poca contradicción que halla en el bajo metal, como se mostró en el presente. No le aprovecharon a Eduardo promesas, dejando el cumplimiento de ellas en su voluntad buenas palabras, favores ni humana diligencia para que ella perdiese de vista su primer propósito, que cuando las mujeres vienen a volver la primera voluntad en obstinación, ni hay peligro que las espante, ni beneficio que las obligue. Pues el Rey, como enamorado, que quien lo está raras veces deja de ser sospechoso, parecióle que aunque el padre disimulaba, que no fuese él la ocasión de tanto desden, juzgando por imposible que en el pecho de una mujer cupiese tanto rigor si no fuese alimentado de persona que con autoridad pudiese obligar a la observancia de sus documentos. Esta sospecha le causaba una profunda melancolía, porque es al poderoso cruel injuria el defenderse de la injusta voluntad que desean con justa y cortés resistencia. Combatido de varios pensamientos, después de mil imaginarios discursos, llevado de la ceguedad y furia de su mal gobernado deseo, se resolvió en uno, el más inaudito o inhumano que puede creerse, y tal, que por castigo venía a ser en persona tan calificada crudelísimo, y fue en hablar al Marqués libremente, acompañando sus razones de favores, caricias y promesas, aunque aventurase en la conquista de la deseada posesión su estado, pues con

la dilación de su deseo aventuraba lo mas importante, que era su vida; y habiendo pensado muy despacio un cumplido razonamiento, y comunicándole con su camarero, le pidió su parecer, y él le dijo que parecía cosa fuera de toda razón que con persona de tanta autoridad y servicios como el Marqués se le perdiese tan conocidamente el respeto; y que a lo que entendía, no podía creer que él supiese, que los favores hasta allí recibidos corriesen por semejante camino, porque los excusara; y que era bien advenir que al mismo punto que alcanzasen semejantes deseos se tendría en él un poderoso contrario, y que también se debía mirar que era un hombre valeroso, y que él y su padre se habían criado en la corte, donde siempre habían tenido honrosa reputación y habían salido bien de dificultosas empresas, y que era amado el Marqués, y respetado generalmente. Todo esto fue de poco provecho para el Rey, que determinado de poner en ejecución su intento, le envió a llamar diciendo que tenía que conferir con él cosas importantes: el Marqués vino al punto, y halló que el Rey le esperaba en un secreto camarín, donde así como entró le mandó que cerrase la puerta.

Estuvo Eduardo sobre una camilla de campo, y quiso que junto a él se sentase en ella el Marqués, que por el debido respeto no obedecía; viendo que el Rey le obligaba, se sentó, aguardando lo que le mandase, y él se estuvo un pequeño espacio sin hacer movimiento; y después, los ojos con infinitas señales de lágrimas, con profundos suspiros interrumpidos de las palabras, le habló así:

—Marqués, padre y amigo, híceos llamar a mi presencia para comunicar con vos el mas importante negocio que jamás ha ocurrido, pues no me importa menos que la propia vida, y en muchos que se me han ofrecido peligrosos no me he visto nunca en tan gran peligro, porque me siento combatido de mortales congojas, tan vencido de mis propias pasiones, que sin duda, si con la brevedad que tanta pena pide no se me aplica el conveniente remedio, vendré a padecer la más desesperada muerte que el más miserable de los humanos hasta hoy ha padecido. Dichoso puede llamarse solo aquel que con el freno de la razón puede gobernar sus apetitos, y con la justa medida de la justicia regular sus acciones, que esto es solo lo que de los brutos nos diferencia; que ellos, siguiendo su natural instinto, corren tras su apetito, y nosotros con la razón podemos elegir y escoger justamente, y cuando nos apartamos del verdadero y derecho camino, la culpa es nuestra, pues dejándonos llevar de una falsa y aparente delectación, nos dejamos precipitar en los abismos profundos de los vicios. Mísero yo, que todas estas cosas comprendo y veo, y conociendo cuan violentamente me lleva fuera de camino mi propia pasión, ni puedo ni me atrevo a retirarme al verdadero amparo, que conozco ser el que me conviene; digo que puedo, y más propiamente podría decir que no quiero, pues me dejo arrastrar de mis pasiones. Soy como el cazador que llevado de la codicia de seguir una fiera por un intrincado y espeso bosque, se halla tan adelante en su seguimiento, que cuando quiero dejarla, no halla el camino, y mientras más porfía buscarle, más se imposibilita de lo que desea. Todo esto os he dicho, Marqués, no porque no conozco mi error, mas porque conociendo vos que no soy mío, que carezco de libertad, y no está en mi mano el prevalerme, tengáis de mi compasión. Yo, que gloriosamente por tierra y mar vencí mis enemigos, y en Francia hice el nombre inglés respetable y temido, me siento tan rendido y ligado de una depravada voluntad, de un desordenado deseo, que no me puedo desatar ni contenerme; y mi vida, que mejor puedo llamar muerte, la veo tan acompañada de

penas y angustias, que soy el verdadero receptáculo de las miserias y desdichas. ¿Qué excusas tendrá mi yerro que disculpen mis obligaciones, pues compensándolas, no hallaré ninguna que no sea frívola y de poco fundamento? Sola una hallo, que es el ser viudo y mozo, causa que parece que la misma naturaleza defiende, y haber hecho de mi parte los posibles esfuerzos, y habiéndolos hallado todos inútiles remedios a tan desesperado accidente, el último que me queda ya como desconfiado de mi salud es rogaros que me digáis a qué está obligado un vasallo cuando la vida de su rey depende de su mano.

El Marqués le dijo:

—Corrido estoy de que me preguntéis eso, pues su obligación es poner por su salud, no solo su hacienda y vida, sino lo más importante, que es su honor. Y si voluntad de vasallo os tiene en tal punto, no dudéis quo mas importa vuestra vida que todo lo referido; y esto se entienda empezando de mí al primero. ¡Oh fuerza de la adulación! ¡Oh consejo injusto! ¡Oh bien merecido castigo de quien un punto se aparta de la verdad, pues nadie debe ser obedecido sino en lo justo y honesto!

Quedó suspenso Eduardo, y al fin de un pequeño espacio dijo:

—¡Ay, Marqués amigo, cuán alentado me dejan vuestras honrosas razones! Ya no dudo de ponerme en vuestras manos, porque ¿quién mejor que yo sabe que en el tiempo de mi padre y mío habéis sabido derramar vuestra noble sangre y mucha de los enemigos en nuestro servicio, y en las más peligrosas ocasiones nos habéis ayudado con prudentes consejos, no menos convenientes para conseguir las dificultosas empresas que los valerosos hechos de ese invicto brazo, y no una vez, sino infinitas, no solo os he hallado incansable, sino siempre que se me ha ofrecido, con nuevo aliento y fuerzas de servirme? ¿Por qué en mi mayor necesidad no esperaré de vos todo el favor y ayuda que un hombre de otro esperar pueda? ¿Cómo creeré que me pueda negar sus palabras el que no ha sabido negarme las obras más importantes, su propia sangre? Solo de ellas tengo ahora necesidad, Marqués; porque sé con certidumbre que si de veras queréis servirme, ellas solas harán el fruto que deseo. En cambio de lo que os ruego, porque no penséis que servís a señor ingrato, os ofrezco que partiré con vos mi reino; y si lo que yo os pidiera os parece difícil de poner en ejecución, considerad que si se ofreciera, lo hiciera yo por vos, y que el servicio tanto es mas agradecido cuanto tiene en si mas dificultad; mayor prueba hace el amigo de voluntad cuanto más aventura por su amigo, porque las que solo se hacen con las palabras, con ellas mismas tienen condigna satisfacción. Considerad, os ruego, lo que es disgustar un rey, de quien haciendo lo contrario, podréis disponer a vuestra voluntad ; si me dejó vuestro yerno por heredero del condado de Salveri, me dejó mi padre por señor de este reino, y con la liberalidad con que os di aquel, os ruego que dispongáis de este. Vos tenéis cuatro hijos varones, a quien es imposible dar el estado que vuestra calidad pide; yo os doy la palabra de dársele tal, que no les quede ocasión de envidiar al mas poderoso; ya vos sabéis como sé gratificar a quien me sirve; y así, pareciéndoos condescender con mi deseo, veréis en breve el fruto que os sigue; que si a los que con pequeños servicios me obligaron no he sido ingrato, menos lo seré con vos, en cuyas manos pongo mi vida.

Aquí los profundos suspiros y lágrimas que procuraron, queriendo mostrarse, aprobar por verdadero el sentimiento del Rey, suspendieron sus palabras, y el Marqués, que le amaba, viendo las evidentes señales de la pasión que tenía, ignorando la causa de verse rogar con tanta instancia, y deseando el aumento de sus hijos, conmovido de piedad, hizo una grande oferta, prosiguiendo:

—Señor, empleadme sin respeto ninguno, que empeño de nuevo mi palabra que desde que os juré por rey y señor os tengo por pleito homenaje empeñada, que en todo aquello que con mi entendimiento, fuerzas y lengua valiere para serviros, seréis de mí con la debida fidelidad servido; y si fuere conveniente, no solo la vida que tengo, mil que tuviéramos yo y mis hijos, las emplearemos en serviros. ¿Quién con semejantes ruegos a un rey poderoso que le tenía obligado con sus favores, respondiera al contrario? ¿Cómo tan honrado vasallo pudiera creer que se le propusiera semejante demanda? Mas en toda ocasión los hombres deben ser cuerdos en lo que prometen, que si el Marqués midiera sus pocas fuerzas con el poder de quien le rogaba, con pequeño acuerdo pudiera sospechar que solo el tesoro de su sangre depositado en el frágil vidrio de una hermosura corría peligro en tan fuerte ocasión.

Las palabras del Marqués cubrieren el rostro del Rey de mil colores, y animado de amor, con temerosa voz le dijo:

—La Condesa, vuestra hija, es quien me tiene en el estado que os digo; ella sola me aborrece porque la adoro; sin ella ni puedo vivir ni quiero; si deseáis servirme, si deseáis que viva, haced que me ame. ¿Creéis vos que a tan leal vasallo, a tan verdadero amigo sin mucha fuerza de pasión me atreviera a lo que os ruego? Mi yerro es inexcusable, discúlpeme con vos amor; que si habéis en algún tiempo pasado por el rigor de su tiranía, bastantemente pienso que estoy disculpado. Acuérdenseos cuántas veces vos y el Duque, mi primo, me habéis reprendido lo mucho que ocupaba el tiempo en la caza, advirtiéndome el daño que podría causarme el viento, lluvias y vigiliass, nieve y hielo; no por mi gusto, como ajeno de juicio, corrí los montes y los valles, sino con intento de sujetar mis pasiones, o por lo menos tener con ellas alguna tregua; y viendo que nada me aprovechaba, acudí al último socorro; tened lástima de mí, y si castillos, villas, tierras, tesoros queréis, ú otra cosa que en mi poder sea, aquí tenéis en blanco mi firma, disponed ú vuestra voluntad.

El Marqués como noble habló lo que se le ofrecía, diciendo:

—Señor, yo me hallo reducido al mas estrecho paso que pudo verse hombre de mi calidad, porque cualquiera resolución que tome ha de ser en mi daño; hallóme obligado por el vínculo de mi promesa, si agraviado de que con dádivas y promesas me tratéis como a hombre bajo. Yo estoy determinado, porque primero que falte mi palabra, querría que falte mi vida, no obstante que no ignoro que no debe quedar obligada sino en lo que fuere justo; pero veo de por medio vuestra vida. Yo le diré a mi hija cuanto me habéis pedido, como de vos lo entiendo, advirtiéndole que puedo rogar, y no obligarla con la fuerza; basta que de mi entienda vuestro deseo cuando yo os tuviera muy ofendido; mas, señor, antes que me ausente os quiero suplicar que ante vos me sea lícito el deciros mi

sentimiento antes que formar quejas ante otro. ¿Es posible que en vos haya cabido pensamiento de manchar sangre que para vuestro servicio y acrecentamiento jamás excusó el derramarse? ¿Este es el premio que yo y mi casa esperamos de nuestros servicios? ¿Qué pudiéramos esperar del más ofendido enemigo? ¿Vos, señor, a mi hija el honor, a mi la alegría, a mis hijos la libertad de poderse dejar ver en público, y el mayor de los agravios, pues queréis que sea el ministro de mi vituperio? Advertid que os toca, cuando otro intentara agraviarme, salir a mi defensa: si vos me ofendéis, ¿a quién podré quejarme? Solo a vuestra prudencia constituyo por juez de mi agravio; que tengo de vos tal confianza, que si os juzgo parte en este caso, no creeré jamás que apasionado juzguéis tanta desdicha. Estas son las gracias que rendís al cielo por vuestras victorias, volviendo el reino que Dios os encargó, con semejantes excesos, un peligroso bosque de latrocinios; que donde falta la justicia y asiste la violencia, ¿qué puede hallarse que no sea confusión? Si vos con promesas, caricias y dádivas podéis vencer la firme voluntad de mi hija, ¿podréme quejar de ella? Mas si la solicitáis, con mas razón me podré quejar de que el cielo la dotó de más prudencia y obligaciones: la mayor merced que de vos puedo recibir es que no me hagáis ninguna, que mientras más alto lugar ocupare, seré con mas irrisión y venganza señalado de mis enemigos; y si lo que he dicho pareciere demasía, atribuidlo más a mi voluntad que a poco deseo de serviros; y con vuestra licencia voy a poner en ejecución lo que me habéis mandado.

Y sin aguardar otra respuesta se fue.

De modo obraron en el Rey las prudentes razones del Marqués, que rompiendo la poderosa fuerza de la verdad los velos de tanta pasión, conoció su injusta demanda, y estuvo para desasirse de tan penosa prisión; mas volviendo la consideración a su empleo, mudaba de opinión, diciendo:

—¿Cómo inconsideradamente procuro romper tan indisoluble lazo? Si nació para que la amase, estimaréla siempre. El Marqués es su padre, y habló como le tocaba; soy su rey, él mi vasallo; ni soy el primero, ni seré el último.

Pero después, alumbrado de algún rayo de razón, dificultaba y reprimía sus pasiones, y combatido de mil contrarios pensamientos, se mostró a los suyos con alegre rostro, encubriendo la pasión del ánimo, acción de las mas penosas que los hombres hacen, y el Marqués llegó a su casa pensando en lo que el Rey le había dicho; y después que consigo mismo discurrió del caso, por no ser comunicable, envió a llamar a la Condesa, que vino luego a su presencia, y haciendo que se sentase a su lado, la dijo:

—Qué cierto estoy, amada hija mía, que lo que ahora os dijere os ha de causar notable admiración, y más cuando juzguéis con vuestro raro entendimiento, acompañado de vuestro recato, lo poco que a mí me toca: mas que de dos males que forzosamente se haya de padecer el uno, es cordura elegir el menos dañoso, no tiene duda; y así, no dudo yo que vos como discreta, valiéndoos de lo que digo, aprobéis la elección que yo tengo hecha. Yo desde el tiempo que alcancé uso de razón hasta el presente estimé siempre más el honor que la vida, porque según mi opinión, es mejor morir inocente que vivir culpado hecho fábula del vulgo, juez severo de las humanas acciones; el trabajo de vivir debajo de

ajeno imperio, no solo obliga, mas en muchas ocasiones fuerza a ejecutar lo contrario que los hombres desean, atendiendo a la calidad de los tiempos y a la voluntad de los que gobiernan, vistiéndose forzosamente el hábito de sus deseos; digo pues que hoy me llamó el Rey, y así como llegué a su presencia, después de largos preámbulos, poniendo en mi mano la conservación de su reino y vida, me pidió favor. Nací su vasallo, y prometí de hacer cuanto me mandase, y él, valiéndose de mi liberal cuanto inadvertida promesa, acompañando sus palabras de ardientes suspiros y de copiosas lágrimas, me contó cuan sin remedio os amaba: ¿quién imaginara jamás que a mí podía comunicárseme caso semejante? Y prosiguió contando todo lo que con él había pasado: aquí veréis, dijo, a qué términos me has reducido una oferta indiscreta, una depravada, voluntad; respondíle, como es verdad, que puedo rogaros, forzaros no; yo os ruego que améis a nuestro Rey, que con esto ocasionaréis que sean vuestros hermanos poderosos señores en esta isla. Yo he dicho lo que habéis oído por no faltar a mi palabra; pues sois prudente, no dudo que, considerado lo referido, hagáis elección de lo más conveniente.

Calló el Marqués, y la Condesa, lo que duraron sus palabras, de honesto desdén y vergüenza tenía de modo encendido el rostro, que no dudo que a los que en tal punto la miraran pareciera más hermosa, y al fin de una breve suspensión respondió:

—Padre y señor, si por largas experiencias no conociera vuestro valor, acompañado de la mucha merced que me habéis hecho, y el amor que siempre me habéis tenido, con justa razón me admiraran vuestras palabras. Por excusaros el enojo que era forzoso que os cansasen semejantes desvaríos, procuré siempre apartarlos de vos, como de mí la voluntad de quien tan injustamente me persigue, haciendo todas las diligencias que a mis fuerzas han sido posibles. Si como el Rey lo es de este limitado reino lo fuera del mundo, tuvieran el mismo efecto sus deseos, porque más que el humano imperio estimo vuestra honra, la de mis hermanos y mis obligaciones; y esto es lo de menos estima a quien se debe guardar respeto. Que más se le debe a aquel señor a quien nuestras obligaciones son infinitas, y se deben anteponer las primeras. Es verdad que nacimos sujetos; pero el albedrío tan libre, que aun el mismo que nos lo dio le dejó a nuestra disposición; pues ¿qué cosa sería sujetarle a hombre humano contra el precepto de quien nos comunicó tanto beneficio, el poder, las riquezas y señoríos que me ofrece? Yo confieso que adquiridas por justo medio son estimables, cuanto por el contrario aborrecibles; porque aquel a quien fallase la vida, ¿qué le podrían aprovechar los humanos tesoros? Pues al que le faltase la más importante, que es el honor, cosa vana y de poco fundamento se le ofrecerá. Yo estimo vuestros mandamientos en lo que debo, y tengo tomada firme resolución de ofrecer mil vidas que tuviera primero que dejar la más pequeña mancha en mis obligaciones.

Conmovidó el padre, lleno el venerable rostro de piadosas lágrimas, la abrazó, alabando la discreta y magnánima respuesta de su hija, loando consigo mismo tal valor y grandeza de ánimo, dando gracias al cielo por tanto beneficio, despidióse de ella, que dio larga cuenta a su madre de lo referido, y entre las dos alabaron la prudencia del viejo, dando la Marquesa a la hija muchas gracias por tan honrosa determinación; y el Marqués, confutando consigo mismo lo que al Rey debía responder, fue a palacio, y con él a solas, le dijo:

—Señor, en cumplimiento de lo que os prometí, os juro por la fe que a Dios y a tos debo, que bable con la Condesa declarándola vuestra voluntad; y rogándola que la cumpliese, se resolvió, después de largos razonamientos, a que perdería antes la vida que tal le pasase por el pensamiento. Al principio advertí que podía rogarla y no serviros, con la fuerza; ya hice lo que me mandasteis, cumplí con lo que os me prometido, y para que conozcáis en mí hay mayores muestras que me acrediten, con vuestra licencia querría retirarme a mi tierra para prevenir, como quien por mi larga edad está tan de camino, algunas cosas importantes para mi jornada.

El Rey, conociendo el yerro de haberse declarado, mal satisfecho, se la concedió, quedando melancólico, revolviendo varias cosas en su imaginación.

El día siguiente el Marqués salió de Londres acompañado de sus hijos varones, y se fue a sus castillos triste y pensativo, considerando su desgracia, junto con el perdido respeto, tan indigno de su lealtad y servicios, sin atreverse a llevar a la hija, por no disgustar al Rey; y así, fue forzoso quedar su madre en su compañía, no mas que por buenos respetos, que su honesto recato y entereza podía dar segura confianza en caso que por su misma seguridad, del Rey no podía temerse violencia, que así como entendió la partida del Marqués y que había dejado la hija, se enteró en lo que sospechaba de la diligencia de! padre. Llegó a tanta desesperación con el impedimento y resistencia de su voluntad, que en él los días y las noches eran iguales, pues siempre carecía de reposo, comía poco, y con suspiros continuos huía la compañía de sus mas familiares con la aprensión de la constante crueldad de la Condesa, mudando con la mudanza del ánimo de modo las costumbres, que de tres días que daba en la semana audiencia pública, sin dejarse ver, la daba por sus ministros, cosa que con los príncipes destruyen las provincias; porque importa todo el buen gobierno de ellas que todo pase por su mano, que entiendan las quejas y súplicas de sus súbditos y la vida de sus ministros; que si en esta parte sienten descuido, se hacen públicos tiranos de los oficios que administran. Y digo, en fin, que a los reinos es mas conveniente tolerar los yerros de su natural señor que gobernarse por los más conocidos aciertos de los vasallos; porque cuando yerra el príncipe, ¿quién hay tan mal intencionado que dude que fue con buena intención y deseo de acertar, yerro que no es digno de juzgarse por agravio? Y por el contrario, el que está puesto en su lugar y en sus mas loables resoluciones mira siempre al norte de sus particulares intereses; y si yerra, raras veces deja de ser de malicia, llevado del deseo de venganza o de codicia, o por adelantarse a sus iguales, o por oprimir a sus inferiores, y ninguno puede ser tan amado como el príncipe, a quien Dios adelantó. Naturalmente los hombres aborrecen que se les oponga o aventaje el más amigo, el mas amable y propincuo deudo: pues ¿qué sentirán de ver que se les adelante el que no nació, o no juzgan su igual, o el que si les es superior desaman y aborrecen por la propia tiranía o por la que usan aquellos que dependen por varios caminos de su poder? Porque raras veces suelen ser los mejores los que alcanzan las privanzas de los reyes; y así no caminan por el camino real de la virtud, porque el propio natural los guía por los atajos de la inclinación del príncipe, de la adulación, del interés, de la hipocresía, hasta verse tan apoderados de lo que desean, que llegados a conocer sus defectos, hay dificultad en el deshacerse de ellos, por el peligro que tienen los desaciertos de los que de nuevo se han de hacer capaces, aunque tengan buena intención; y así, la piedra fundamental del gobierno es examinar con cuidado la

vida de aquellos con quien se ha de comunicar, porque es forzoso ser todo gobierno comunicable.

Todas las cosas que al Rey solían ser de gusto le disgustaban, como eran justas, tirar bohordos, ejercitar las armas y la caza. Tenía cerca de su palacio una casa de recreación sobre el Támesis, famoso río de Londres, y habiendo de ir a ella por tierra o por agua, qué por las dos partes se podía ir, era forzoso pasar por la casa de la Condesa, que advertida de que por su ocasión frecuentaba más que debiera este camino, excusándolo ella cuidadosamente todas las ocasiones, él la veía raras veces, de que notablemente se entristecía, sin dejar de proseguir su camino, contentándose con solo ver las paredes que ocultaban su tesoro; y como la privación enciende el deseo, comenzó a continuar de manera su viaje, que lo que a todos era oculto, fue en muy breves días público a toda la ciudad, que sabiendo la entereza de la Condesa, que ellos llamaban rigor, y lo que el Rey padecía, la culparon de ingratitud, y la aborrecían, deseando que remediase tantas penas por su causa padecidas, que generalmente son todos liberales de aquello que no les importa, que siempre el vulgo está pronto en vituperar la virtud, como en aprobar lo que no lo es; y puede tanto la lisonja, que muchos hicieron grandes diligencias, solo a fin de mostrarse favorecidos; y viendo la invencible constancia de la Condesa, aconsejaron al Rey que usase de su poder, valiéndose de la violencia, ofreciéndose a ser los ejecutores de traerá efecto semejante tiranía

Quiso el Rey primero ver el ánimo de la Marquesa antes que se valiese de los consejos, que no le parecían mal; y así, la envió a hablar con su camarero, que instruido de todo, después de haber ido a su casa y hecho las cortesías que se pueden imaginar que haría quien iba a rogar cosa tan deseada, la dijo:

—Señora Marquesa, el Rey os besa las manos, y de su parte os asegura que os desea todo bien, y de la mía os certifico que más que otra cosa en el mundo deseo el buen suceso de estos negocios, no tanto por su gusto como por ver que contra toda razón, de donde podía esperarse premio, se puede temer una desdicha. Digo pues que dice que él ha hecho todo lo posible, y aun lo no conveniente a su decoro, por adquirir la gracia de mi señora la Condesa con el secreto y reputación que se debe a tantas prendas y a tanto amor, cuyas vanas demostraciones puso en boca del vulgo lo que estuviera excusado, pues no será este el primero ni último suceso que en este caso baya sucedido, que también sabe que esto ha sido tal vez ocasión de muchas muertes de príncipes, desolación de imperios, y que tendría por mas piadoso que llegase la suya que padecer lo que injustamente por vuestra causa padece, pues gustáis de tenerle por enemigo. Usando de su poder públicamente llevará a palacio lo que desea con poco honor vuestro y menos estimación suya, y en lugar de mostrarse amigo del Marqués y de su casa y hacerle merced, hará que con su destrucción conozcan en él obras de capital enemigo, efectos de su ira y justo rigor; porque tiene deliberado, no solo por su parecer, sino por muchos, tan doctos como desapasionados, que no es bien que él muera por una obstinación mal fundada de una mujer, poniendo con la falta de su persona en evidente peligro sus estados; y en caso semejante debe prevaler la causa pública, aunque peligre cualquiera particular, y de dos daños con evidencia forzosos, es puesto en razón elegir el que pareciere menos dañoso, y con esto quedad con Dios, que ocasión es esta de veleros de vuestra prudencia.

La Marquesa, oyendo la no esperada respuesta acompañada de tan injusta y tiránica resolución, oprimida del temor, le parecía que ya a sus ojos veía la violencia de su hija, y que sus oídos oían las lastimosas quejas de sus agravios; y ocupada de copiosos diluvios de lágrimas, temblando suplicó al camarero que la conservase en la buena gracia del Rey, y de su parte le suplicase la suspensión de tal desdicha hasta que ella, advirtiendo a su hija de las obligaciones con que todos habían nacido de servirle, procurase conservarle en la primera resolución, y desviarle en todo de la segunda. El prometió servirla, y partió alegre con tal respuesta a ganar en albricias la gracia de su dueño, que incrédulo dudaba de cuanto le decía, y haciendo mayores extremos que le habían costado sus desdenes, esperaba la deseada respuesta, midiendo el tiempo por minutos, y haciéndosele cada uno siglos de dilación. En este tiempo la Marquesa fue al cuarto de su hija, a quien halló entretenida con sus criadas en su labor, cosa en nuestros tiempos conveniente, muy lícita y forzosa, no solo en las más comunes mujeres, sino en las mayores señoras, que no es excusa la grandeza para gastar mal el tiempo, cosa de que nacen las dificultades y desórdenes que se saben, y quedándose con ella a solas, le contó todo lo que con el camarero la había pasado, acompañando sus razones de copiosas lágrimas, y abrazándola tiernamente prosiguió de esta suerte:

—Amada hija mía, ya alcancé tiempo en que, viéndote la mas hermosa y recatada de nuestro reino, me juzgué por madre felicísima, creyendo que los rarísimos dotes de que te adornó naturaleza nos fueran causa de honrosos acrecentamientos. ¡Mas, ay, cuan raras veces aciertan los juicios humanos, pues pienso que naciste para nuestra universal destrucción! Vence en algo la dureza de tu condición, no en nada que no sea licito y honesto, que esto mas vale padecer mil muertes que exceder un punto de las honrosas obligaciones con que naciste, sino templando el rigor de modo que la justa defensa no se juzgue desprecio; porque si como te digo te dejas gobernar de la ocasión y el tiempo, trocarás mi dolor en alegría. No sabes que más que a todos los hermanos te amo, y que las obras pueden contigo haber, acreditado mis palabras. Déjate guiar de tu madre, que te estima y adora, y piensa que el Rey es poderoso y que, no solo está enamorado, sino loco; que tu virtud, indignamente juzgada crueldad, le tiene puesto a peligro de perder la vida, y que somos aborrecibles a todos los que desean su salud, y que sola tú no la deseas. Acuérdesete las injurias y maldiciones que hemos oído del ignorante vulgo y del adulator cortesano. Si esto es verdad, en pago de la deuda natural que nos debes, no quieras ser nuestra destrucción, pues puede remediarse valiéndose de una honesta prudencia, de un agrado cuidadoso. Los reyes, cuando ven despreciados sus ruegos de aquellos a quien pueden mandar, vélese del poder. No quieras que la última cuanto injusta resolución de un poderoso ocasione nuestro vituperio. Mira tus hermanos y padre desterrados, yo viuda, porque todos temen al Rey, y más a ti, que has de ser causa de su afrenta, a que es forzoso que se siga la venganza que ha de ocasionar su destrucción. Dichosa yo si el primero día de tu vida fuera el último o el postrero mió, o si en lugar de tu esposo ocuparas un mármol No des ocasión a que justamente me queje, que te dé nombre de cruel, de ingrata, y sobre todo de descortés, contra tu propia sangre.

Cesó con esto oprimida de un mortal desmayo que la dejó tan helada e inmóvil, que se tuviese por cierto que la hubiesen desamparado los vitales espíritus. Lloraba la Condesa amargamente tanta desventura, enternecida de maternal afecto y oprimida de tantas

persecuciones, pues las padecía aun de los mismos obligados a su defensa, si bien no se podían llamar tales, por ser siempre debajo del pretexto de su honrosa defensión, mas nunca su invicto ánimo dudó de proseguir en su determinada voluntad. En mano de tantos contrarios, combatida como peñasco en medio del mar, firme al continuo contraste del fluctúan te cristal, más movida a compasión, determinó de librar a los suyos de tantos trabajos con la mas valerosa determinación que se ha visto en los presentes siglos, ni se oyó en las más celebradas matronas de la antigüedad, ni podrán esperarse de los venideros; que una alma generosa, cuando injustamente se conoce ofendida y estimulada de la ira, de tal modo se enciende en la venganza, que aunque conozca su total ruina, produce furiosos efectos; y las mujeres en toda determinación son mas fáciles, intrépidas e invencibles, una vez determinadas; pues con la última determinación, siendo solo de si misma, que importa mucho para que las que se desean tengas efecto en no comunicarlas; después que con los remedios y caricias vio libre del peligroso desmayo a la Marquesa, enviando a las criadas fuera, a quien para ayuda del remedio del inopinado accidente había llamado, y consolándola, respondió:

—Amada señora y madre, a quien por tantas mercedes recibidas tan justamente debo este titulo, enjugad las piadosas lágrimas, bastantes a ablandar el corazón mas fiero, el más inaccesible peñasco y el más firme diamante, que ya mi ánimo está dispuesto a que no se le dé nombre de cruel ni a ser causa de vuestros disgustos, como de la calamidad de mi padre y hermanos, pues si careciera de remedio, con mi muerte procurara su vida. Sabe el cielo que la que intento por serviros es para mí la más penosa; pero con vuestros consejos, salvo mis obligaciones, que conservaré antes que mi vida, podremos remediar nuestro daño, sin recibir el que más debe temerse. Cesen las lágrimas, y sin que intervenga más que vos y yo, como a quien les importa, quiero que veamos al Rey y que acaben tantos inconvenientes.

La madre, con la no esperada respuesta, tan fuera de sí de contento como antes la había tenido el pesar, dudaba de haber oído semejantes palabras, dando gracias al cielo por tan grande beneficio, como muchos ignorantes que de los mismos sucesos con que le ofenden por propia malicia le dan agradecimiento, como si él fuese inspirador de maldades, sino fuente abundante y perenne de donde procede todo bien, y abrazando a la hija lloraba de contento: tal es la locura de los mortales que solemnizan su propia desventura como en otros sujetos la fuerza de la codicia, que no perdona la propia sangre, tan imitado en nuestra miserable edad, donde, sin ser solicitadas, se solicita el precio miserable de propias y ajenas culpas.

Era esto por la mitad de julio, cuando el Padre universal de los mortales, en el medio día, con las furiosas saetas de sus rayos obligaba a los humanos a general sosiego, en cuyo tiempo la Marquesa hizo prevenir un pequeño batel para ir al jardín o casa de placer donde el Rey estaba por gozar de mas sosiego, que, como está dicho, era cerca de su casa. La Condesa mientras esto se previno se retiró a su oratorio, y sin valerse de otros preciosos adornos que de un cerrado cuchillo para la mas apretada ocasión, considerando que en las últimas y forzosas por flacas manos de mujeres había Dios confundido la obstinación de mas pertinaces y feroces enemigos, llena de confianza del feliz suceso por las dos causas que ocurrían en el presente caso, que eran la defensa del divino precepto y

su honor, se puso de rodillas delante de una devotísima efigie de aquella Señora que antes de los siglos en la mente divina fue preservada de la original culpa para que gozase de la dignidad de su madre. Tenía asimismo en sus santísimos brazos la imagen de su santísimo Hijo y señor nuestro, ante quien con devoto y humilde corazón dijo:

—Señora mía, hija del Padre, madre del Verbo, y esposa del Espirito Santo, que os escogió para tan alto ministerio: Cosa es cierta que si pudiera ser que fuerais madre de tan inaccesible Señor, menos que con el don inestimable y precioso de vuestra santísima pureza, no admitierais tan grandiosa dignidad; y siendo esto tan cierto como es, las causas que piden la conservación de castos deseos, como madre piadosa de los mortales, os toca su defensa. Esta parece, Señora, que mas propiamente os incumbe su patrocinio. Ya os consta de la presente necesidad, y asimismo como quien de tan cerca mira la divina Esencia, en quien se ven todas las cosas, lo mas oculto de mi corazón, favoreced delante de aquel Señor, ante quien hallasteis tanto favor, lo que os suplico y veis que esta ocasión pide, sin permitir que por mis culpas prevalezca la parle injusta y depravada de las mortales pasiones de nuestra fragilidad.

Acabado este breve razonamiento, confiada en la que pueden confiar el remedio todos los que le pidieren para las cosas justas, salió donde la Marquesa su madre la aguardaba, y las dos, cortando la plata del caudaloso Támesis con el pequeño esquife, llegaron a las riberas del deleitoso jardín, que estaba de tal modo fabricado, que por sola una puerta podía entrarse en él, porque todo lo demás lo circundaba un altísimo muro en torno. La puerta estaba acuso abierta, porque el Rey, como estaba melancólico, se entretenía en las riberas de aquellos cristales, y el camarero algo desviado no perdía de vista la puerta, sentado debajo del dosel que fabricaban las copadas ramas entretejidas de unos ancianos robles, gozando de la fresca respiración de las crespas olas, y también por evitar que nadie entrase, advirtiendo de la ocupación del Rey.

Llegaron madre y bija, ordenando al que guiaba el pequeño barco que de allí no le moviese, y pisando las doradas arenas del caudaloso corriente, las ninfas sacaron las hermosas cabezas coronadas de ovas, espadañas y lirios, admirando con particular suspensión tanta belleza; ellas pisaron las gradas de la puerta, vistiendo de nueva luz los deshabitados pórticos. Como el camarero las vio, desengañado de su vista, lleno de notable espanto, recibíéndolas con la debida cortesía, con mil caricias las saludó, preguntándoles qué mandaban. Respondió la Marquesa:

—Venimos a ver y hacer reverencia a nuestro natural señor, como ha poco que os dije que lo procurarla.

El con suma alegría hizo meter el estrecho leño en que venían en un pequeño escaño, que hecho a mano, servia de guardar los que el Rey tenía para su recreación y servicio; cerró la puerta, y entreteníéndolas con la vista de las curiosidades que allí había, las fue guiando hasta donde el Rey estaba, no considerando la crueldad de su dama, que cuando le informaron de lo que pasaba, salió alegre sobremanera a recibirlas, dudando de su vista, pareciéndole ilusión de su fantástica imaginación lo que tenía presente.

Recibiólas con las muestras de voluntad y agradecimiento que pedía semejante visita, y la Condesa, así como vio al Rey, discurrió por sus venas un imprevisto hielo; aun mismo tiempo se le encendió el rostro de un modo, que se lo acrecentó hermosura, si más era posible de la que antes tenía; y él, sin haber podido hasta entonces hablar palabra, ocupándolo el repentino accidente los sentidos; y cuando volvió en sí con mucha humanidad las dijo que fuesen muy bien venidas, prosiguiendo:

—¿Qué buena estrella mía, qué suceso feliz os ha traído con esta siesta a que goce yo la vista de esta deseada presencia?

Y entonces la Marquesa, haciéndole la debida cortesía, que la Condesa, ocupada de la vergüenza y temor, no pudo hablar palabra, le dijo:

—Señor, viene mi hija con deseo de serviros, como disgustada de haberse mostrado rigurosa y de haber perdido un instante vuestra gracia.

Mostróse el Rey sumamente agradecido, y haciendo las honestas caricias a la Condesa que la presencia de su madre pedía, a que ella se mostró siempre desdeñosa, no levantando los ojos del suelo; eran iguales el contento en el Rey y el disgusto en la Condesa, que no pienso que puedan de otro modo encarecerse tan contrarios afectos.

Juzgando el Rey a vergonzoso encogimiento su desvío, ordenó al camarero que entretuviese a la Marquesa, y él con varias pláticas se retiró a su cuarto, y llegando a su mismo aposento con la Condesa, cerró las puertas, y ella, así como las vio cerradas, temiendo alguna violencia, viéndose inadvertidamente en el lugar que jamás pensó y desamparada, arrojóse de rodillas a sus pies, y le dijo:

—Señor, nuevo intento del que habéis imaginado me ha conducido al término en que me veis; pero pues solo vuestra salud me ha obligado a serviros, como mujer deseo saber si son hijas del alma tan exquisitas diligencias, suplicándoos una merced, que para vos será fácil, y para mí me obligará eternamente.

El Rey, que con la congoja y afecto le pareciera mas hermosa, juzgó por tanta ventura que le pidiese algo, como la del fin de su pretensión, y con los más execrables juramentos que pudo confirmó su palabra de cumplir todo aquello en que le emplease, como no fuese dejar de amarla, porque eso sabía que no había de poder cumplirlo; y queriéndola levantar del suelo, no lo consintió, antes besando sus manos por el prometido favor, sacó el cuchillo, y con piadosas lágrimas que adornaban sus hermosas mejillas dijo:

—Señor, la merced que yo os suplico es que me améis lo que os durare la vida, y que con este instrumento acabéis la mía antes que yo vea mi afrenta, pues tengo parte de vuestra sangre; y si no cumplieredes lo que prometisteis, delante de vos llegaré mi muerte, y el cuerpo sin el vital aliento podrá quedar en vuestro poder; pero no el alma, que mientras le animare, ¿cómo podrá consentir hacer caricias a su mayor enemigo?

Cesó con esto inundando por los hermosos soles de su rostro dos océanos; y el Rey con nueva admiración de tanta y tan hermosa resistencia, más perdido mientras más la miraba, nuevamente enamorado de tan piadosa acción, y enternecido, como quien la amaba, de sus trabajos, viendo que sin ella no podía vivir, resuelto en su última determinación, considerando que, como decía, era su sangre, y los grandes servicios de sus pasados, con la debida cortesía la levantó, diciendo:

—Señora, no quiera Dios que yo quiebre mi palabra y que agravie a la prenda que mas que a mi mismo quiero; pues antes al que conociese, no digo deseoso de tal ejecución, sino solo con el intento de ella, procuraría yo acabar la vida como a mi mortal enemigo. Cesen ya las honrosas resistencias de vuestro valor, y venzan, que es justo, las injustas diligencias de mis deseos, porque yo quedaré muy consolado con que me hayas dejado la libertad de amaros, que tanta es la obligación en que me tiene puesta vuestra virtud, que sin ella aunque sé que había de ser a costa de mi vida, no me atreviera a disgustaros; pero yo pienso hacer de modo, con vuestra licencia, que seáis un vivo ejemplo al mundo de lo que debe estimarse la honra, pues por la justa estimación que habéis tenido y tenéis de la vuestra, quiero que alcancéis diferente fin del que todos podían esperar de mi locura; y creed que el indigno amor que os tuve está ya tan fuera de mi alma, que aun del tiempo que señoreó mi pecho estoy corrido, y que he entrado en su lugar el justo y verdadero.

La Condesa entonces, dando infinitas gracias a aquella Señora, por cuyo medio es de creer que en tan breve tiempo hubo tal mudanza de voluntad, abrió la puerta, y entrando el camarero y la Marquesa, que estaba con la pena que puede imaginarse, viendo cómo su hija se la habían apartado de sí, temerosa de alguna desgracia, si confiada de su valor, hizo que las dos se sentasen, y habló con él en secreto, dándole la orden conforme al intento que tenía, y él partió a ejecutarla, y entreteniéndose el Rey con ellas en varias pláticas, en breve espacio entraron todas sus criadas, y luego la nobleza de las damas de la corte, y después el obispo evoracense, hombre docto, y por cuyo expediente pasaban los más graves y arduos negocios, y en su acompañamiento los más importantes señores del reino, todos admirados de ver sentadas al lado del Rey aquellas señoras, y que la viuda tenía los ojos no en todo libres de los copiosos diluvios que la pasada ocasión le había causado. Callaban todos esperando el fin para que fuesen llamados, cuando el Rey, interrumpiendo el confuso silencio, dijo:

—Nobles y fidelísimos vasallos míos, aquí os he juntado para que veáis que puede alabarse mi reino que posee más valerosas damas que cuantas nos celebra la antigüedad, como lo dirá la historia que hoy tenemos presente —y contando por extenso toda la referida hasta el estado presente, prosiguió—: Y también quiero que conozcáis que si hay valor, virtud a ellas tan digna de que ciña sus hermosas frentes el lauro de la inmortalidad, digno premio de sus hazañas, es justo que sepáis que tenéis Rey que sabe premiar en algo, ya que en todo es imposible, alguna parte de ánimo tan valeroso, de constancia tan invencible como os la ha dicho el presente suceso, que por notorio no refiero. Hoy tenéis delante vuestra reina y mi esposa, como la que mejor lo merece.

A que todos respondieron en una profunda cortesía, y llamando al obispo que se acercase, hizo que hiciese la forma del sacramento; y acabado con alegres parabienes y

aclamaciones, la besaron todos la mano, y Eduardo hizo algunas mercedes. El contento de la Condesa fue grande, como quien había llegado a tal dignidad por los propios méritos y virtud; que los que las alcanzan por otros caminos no gozan de la verdadera posesión de ellas, sino de la injusta tiranía con que las usurpan. En poco espacio la fama de tanta novedad se había extendido por la corte, que con suma alegría la recibieron todos generalmente, alabando la prudente resolución del Rey.

El Marqués y sus hijos habían venido a Londres, deseosos, el uno de ver a su mujer o hija, y los demás a su madre y hermana; y apenas entraron por la puerta de la ciudad, cuando la nueva, como si fuera mala, salió a recibirlos, y sin ser conocidos, se informaron del confuso tropel del vulgo, y llegando a su casa ciertos de la verdad, dejando el de camino, se pusieron en hábito decente, y con uno de sus hijos envió el Marqués a dar aviso al Rey de su venida, suplicándole que le diese licencia de besarle la mano, cuya respuesta fue enviar al príncipe de Gales, su primogénito, acompañado de los infantes y nobleza que ya habían besado la mano a la Reina para que le acompañasen, y él con igual contento que en otra ocasión tuvo pesar tan sin culpa suya, porque no hay persecución que, como no proceda de propias culpas, no la compense el cielo con la suma liberalidad que paga buenos intentos, que no quiere con los sucesos prósperos o adversos sino encaminar lo que no nos conviene, que cuando sucede al contrario, en nosotros está la culpa, porque no usamos como debemos de sus favores.

Después de las forzosas cortesías y alegres parabienes que de una parte a otra pasaron, con excesivos favores fue del Príncipe, infantes y caballeros llevado a palacio, donde le salió a recibir el Rey, y honrándole le hizo sentar al lado de su hija, y le mandó que la hablase. El llegó a quererla besar la mano, y ella no lo consintió, y se abrazaron tiernamente; y como estaban con el referido acompañamiento, salieron en público por toda la ciudad, donde con mil bendiciones y muestras de amor fueron nuevamente aclamados, y se hicieron las mas grandiosas fiestas que jamás se vieron, acompañadas de infinitas mercedes y perdón general de todos los delitos que sin parte dependían de la voluntad real; toda la nobleza del reino procuró mostrarse liberal, haciendo increíbles gastos por el gusto y servicio de su Rey, que dio grandiosos premios a los que los ganaron en las justas, honrando particularmente a los extranjeros, que a la novedad del caso, de diversas partes acudieron muchos.

Ocupó el Rey a su suegro y cuñados en los mas preeminentes oficios, y con el tiempo él y todo su reino conocieron la acertada elección siendo la Reina un verdadero ejemplo de adquirir la verdadera fama, donde solo se llega por el camino de la virtud, como ella llegó; de modo que cuando no sea por el eterno premio que con certeza se espera, digno de tanta estimación en quien alcanza el verdadero conocimiento, por los buenos sucesos y felicidades presentes se debe vivir bien, creyendo con certeza que aquel Señor que tanto nos ama, si tal vez consiente la persecución de los suyos, no les pone lazos, sino ocasiones, deseoso de que se aprovechen de ellas como deben para que ganen el premio de la inmortal corona.

En Eduardo se nos muestra un rey agradecido, pero demasiadamente curioso, pues el suceso de su amor procedió de ir donde no importara su presencia; nos enseña con cuánto

cuidado deben los reyes huir las visitas de las mujeres hermosas, y particularmente de las casadas; la prudencia con que procuró encubrir su grande pasión, la obligación que los superiores tienen a no dar mal ejemplo. El declararse o la Condesa, teniendo a su padre y esposo tantas obligaciones, la fuerza de esta pasión. Hablar el Rey sin su voluntad con los suyos en la batería, y otras materias de milicia, la satisfacción que deben dar a todos los reyes, porque generalmente son de todos. Los favores del Marqués para facilitar su pretensión hasta llegarse a valer de él mismo y de la Marquesa, y del propio poder, para usar de violencia, perdiendo el respeto a su obligación y decoro, la furia con que las propias pasiones señorean los poderosos a quien todos sus deseos y acciones parecen y juzgan lícitos. El verse vencido y obligado de tan honrosa resistencia, y después recibirla por mujer, nos enseña que así como el amor que consigue el ilícito fin suele siempre tener mal suceso, así la que solo permitió el lícito abrió los ojos de la razón y conocimiento en el Rey, de modo que le llegó el debido premio a la virtud.

Partirse el Conde dejando a su esposa moza y recién casada, nos avisa que no es cuerda resolución casarse los que están sujetos a ausencias que dependen de ajena voluntad.

Recibir la Condesa al Rey sin la compañía de su madre y esposo, avisa a las mujeres casadas que huyan la vista de los hombres, particularmente la de los poderosos, en toda ocasión, pues se gana más honra con el huir de ser vistas que con la más honrosa resistencia. Las diligencias que hizo para desviar la voluntad del Rey, las persecuciones que tuvo mostrándose a todas firme, enseña las obligaciones que las mujeres nobles tienen de estimar en más el honor que la vida. Acudir por remedio a Dios por la intercesión de su santísima Madre, nos avisa que quien se valiere de tan poderosos como justos medios, si le conviniere, tendrán sus deseos feliz suceso, como este le tuvo.

Las diligencias de los vasallos, el deseo del vulgo nos enseña la fuerza de la adulación y cuan liberales son todos de lo que no les importa.

Dejar la Marquesa sola a la Condesa cuando el Rey vino, advierte a las madres el cuidado que deben tener, pues muchas veces en unas el descuido, y en otras el mucho cuidado es causa de los infelices sucesos de la juventud, de que darán estrecha cuenta y recibirán riguroso castigo.

El Marqués, que ignoró tantos favores y apretados ruegos, denota los imprudentes que, no midiendo sus pocas fuerzas, como ignorantes, todo les parece que se debe a su ingenio, prudencia y merecimientos. Prometer sin saber lo que se le pedía es cosa inexcusable e indigna, y más el hacer caso de honra el cumplir la promesa cuando no es justa, pues no solo no obliga, sino que es bajeza de ánimo su cumplimiento. Dejar él y sus hijos la corte cuando se ven ofendidos del mismo a quien tocaba su amparo, nos enseña que, ya tengamos o no razón, es cordura huir el rostro a los poderosos. Volver a su casa y hallar tan impensadamente tan alegre suceso, de donde podía esperarse tan infeliz, nos advierte que muchas veces se guían las cosas tan diferentes del juicio humano, que tal vez los más encumbrados sin saber cómo se hallan en mil penosas calamidades, y otros, sin alcanzar por dónde, de en medio de las persecuciones y trabajos, se ven exaltados y favorecidos en el más sublime grado de la fortuna.

FIN